

Salir del sótano

Nadia Cornalino

Salir del sótano

Nadia Cornalino

Copyright 2025 Nadia Cornalino

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo escrito de la autora o el editor.

Diseño de la cubierta:

autoreseditores.com

Diseño de interiores:

autoreseditores.com

Primera edición: Buenos Aires,
Argentina, 2025

ISBN: 9789403784496

El peor infierno es aquel donde la puerta no tiene candado.

El abandono no fue la puerta que se cerró, sino el silencio de los pasillos donde mi infancia se hizo adulta a la fuerza.

**Para salir del sótano, tuve que
apagar la luz y encender mi propia llama.**

Me enseñaron que la familia era un privilegio de otros, y el encierro, mi único refugio. Esta es la historia de cómo aprendí a no ser invisible.

Índice

I El frío de la calle y el primer abrigo.....	11
II El jardín de las infancias perdidas.....	18
III El sótano: un infierno llamado hogar.....	27
IV Una luz en la escalera.....	44
V Vivir solo cuesta vida.....	51
VI La cumbia y el pogo ricotero.....	61
VII La trampa de los sueños prestados.....	75
VIII El brillo de la luna propia.....	89

Agradecimientos

Antes de empezar a narrar mis historias, nobleza obliga a hacer unos agradecimientos: a Galita, amiga de la infancia que aportó muchísimo en esta decisión y por la inspiración que me infundió. A mi amiga Mariela, que desembarcó en mi vida con su ternura y su alegría. Ella estuvo conmigo en el hogar de menores Carlos Arenaza, ubicado en la localidad de San Isidro. Nos escribíamos cartas; en ese tiempo no existían las redes sociales. Me enseñó a cuidar los detalles, a observar lo que me rodeaba y a plasmarlo en un papel.

Así en cada hoja que escribía, sentía que mi alma se expandía. La escritura se convirtió en una parte esencial de mi vida, un hilo que conecta mis recuerdos con el presente, siempre anclado en el alma y en el corazón.

I. El frío de la calle y el primer abrigo

Tápales la nariz

Un domingo de lluvia, mientras el café cortado humeaba entre mis manos, comencé a recordar mi infancia. Crecí en medio de la soledad, el frío y el miedo, con recuerdos que me golpeaban como si fueran años de dolor acumulado. Mi madre nos abandonó y mi padre buscó un nuevo camino; nos dejaron a merced de la vida en un hotel. Éramos vagabundos en nuestra propia ciudad.

Mis padres se casaron muy jóvenes, siendo menores de edad. Nunca entendí la existencia de dios ni por qué permitió que, siendo una niña inocente, pasara por tanto sufrimiento. Mi papá se había ido con otra mujer. También nos abandonó, con la diferencia de que no sabíamos el paradero de Silvia; era como si se la hubiese tragado la tierra.

Recuerdo que vivíamos en un hotel cerca del Congreso. el aire en esos pasillos siempre estaba estancado; olía a humedad vieja y a comida ajena que nunca llegaba a nuestra mesa. Las paredes tenían manchas de salitre que yo miraba fijamente, imaginando mapas de lugares a donde huir.

Estábamos todo el día en la calle, recorriendo las calles, solos. Mis pies pequeños aprendieron rápido la textura del empedrado frío de la zona del Congreso, me acuerdo del ruido ensordecedor de los colectivos sobre las avenidas, un rugido constante que me hacía sentir más chiquita de lo que era.

El frío, el hambre y el miedo eran nuestras compañías. El frío no era solo un clima; era una aguja que me pinchaba los huesos, se sentía en la punta de la nariz siempre roja y en las manos que escondía bajo las axilas para no se congelaran. El hambre, en cambio, era un bicho que me mordía la panza

por dentro, un vacío que me mareaba cuando caminábamos sin rumbo.

Pasábamos muchísima miseria. Mi estómago hacía un ruido extraño, como un quejido constante que me daban ganas de llorar.

Mi hermano mayor, Fernando, siempre iba a pedir a la panadería si les sobraba algo. Yo me quedaba esperando, mirando la vidriera empañada de calor, soñando con el olor del pan recién salido del horno que inundaba la vereda. Ese perfume dulce era lo más parecido a un abrazo que no conocía en ese entonces.

Él también era un niño, pero se sentía con la responsabilidad de ir a pedir.

Llorábamos. Andábamos sucios y tenía muchos piojos. El picor en mi cabeza era una presencia constante, un hormiguero eléctrico que no me dejaba descansar ni un segundo, me rescaba hasta lastimarme, sintiendo mis dedos torpes bajo el pelo enredado. El olor de mi propia ropa, impregnado de la humedad del

hotel y del encierro, se volvía más pesado cuando entraba al aula.

Un día me pelaron la cabeza, recuerdo el sonido metálico de la tijera cerca de mi oreja, un clac-clac que me iba quitando lo poco que sentía mío. Sentí el peso de mi pelo caer al suelo como si se desmoronara una parte de mi identidad. De repente, el aire frío del colegio golpeó mi nuca desnuda por primera vez; era una sensación de desprotección total, de estar expuesta frente al mundo. Al pasarme la mano, la piel se sentía rugosa, extraña, como si mi propia cabeza fuera un territorio desconocido. Al final, nadie nos quería; éramos estorbos. Representábamos eso; alguien que te obliga a taparte la nariz, incluso para la propia familia. En la escuela me hacían *bullying*. Las risas de los otros chicos no eran solo sonidos; eran como latigazos que me hacían querer hundirme en el banco, sentía sus miradas clavadas en mi cabeza pelada, diseccionando mi pobreza, me decían que era huérfana.

Para evadirme de esa realidad, me gustaba mucho dibujar. En cuanto agarraba un lápiz, el mundo de afuera se volvía borroso. El roce del grafito contra el papel era lo único que me calmaba; era una textura suave, un refugio que yo misma construía. Mientras dibujaba, ya no era la niña sucia a la que todos señalaban; era la dueña de un universo de líneas donde yo decidía qué era lindo y qué no.

En cambio, mi otro hermano, Matías, salía a robar para buscar sustento. Muchas veces lo iban a buscar a la comisaría. Se metía en los supermercados y se cargaba queso o salchichas. Hasta repartía estampitas a cambio de algunas monedas. Cantaba una canción sobre un niño que salía a robar para poder sustentarse.

Cuando la cantaba, lloraba; se sentía representado en esa poesía.

Una vez, en un supermercado chino, descubrieron a Silvia y a mi hermano

guardándose sustento debajo de sus camperas. Nos llevaron al depósito y nos dijeron que sacáramos lo robado o llamaban a la policía. Miré a los ojos al chino y me largué a llorar. Teníamos hambre; yo sabía que robar estaba mal.

 Mi hermana Daniela estuvo en situación de calle; muchas veces dormía en las plazas o en los hospitales. Mi otra hermana, Marianela, también sufrió las consecuencias de este desamparo.

 Silvia, mi madre, había tenido una infancia sacrificada, pero eso no justificaba su frialdad con nosotros. No teníamos vestimenta. Un día de muchísimo frío, yo solo llevaba puesta una polerita. Le dije a ella que me sentía mal, con dolor de cabeza, y me respondió que empezara a saltar para entrar en calor. Le hice caso, pero a las horas empecé a levantar fiebre. Mi tía notó que no estaba bien y me llevó al hospital de urgencias, donde

quedé internada varias semanas con neumonía.

Estuve al borde de la muerte.

II. El jardín de las infancias perdidas

Ningún familiar quiso hacerse cargo de nosotras cuando Silvia se fue. Muchas veces estábamos solos en el hotel. Nos dejaba encerrados con candado; mis hermanos se escapaban por la ventana. El aire ahí adentro siempre estaba estancado, con un olor rancio a emanación y a encierro que se te pegaba a la ropa.

Un día apareció mi abuela paterna a visitarnos. Estábamos encerrados. Trató de romper el candado pidiendo ayuda a los vecinos y logró ingresar. Yo estaba con mis hermanitas: asustada, sucia y con mucha hambre. En un tacho orinábamos.

Mi abuela me preparó una taza de leche que desprendía un vapor dulce, un calor que me devolvió el alma al cuerpo al sostenerla con mis manos frías. Logró hacerme dormir.

De madrugada me despertaron los gritos y los golpes. Era mi abuela, que golpeaba ferozmente a Silvia entre insultos. Empecé a llorar y a pedirle que no le pegara más; verla llorar a ella me hacía mal. A la semana se volvió a repetir el mismo esquema: Silvia se fue y nos dejó de nuevo encerrados.

Esta vez la puerta no tenía candado. Como tenía mucha voracidad, fui al fondo a pedirle a una vecina si tenía algo para comer. Me miró y me cerró la puerta en la cara. Me quedé sentada en el patio. Luego entré a la casa de la vecina y le abrí la heladera; robé un paquete de salchichas. Las compartí con mis hermanas y las consumimos crudas. Sentía la aspereza gélida y resbaladiza de la carne cruda contra mi paladar, pero el hambre era tan voraz que no nos importaba.

La vecina me vio cuando fui a tirar el envoltorio.

Esperó a que llegara Silvia para contarle lo que hice. Silvia llegó enfurecida,

entre gritos. Me preguntaba por qué le habíamos robado a la vecina y decía que íbamos a aprender “a no robar más”.

Encendió la hornalla de la cocina. Me puso las manos en el fuego y me empezó a quemar.

Escuché el siseo del gas y vi la llama azul antes de sentir el primer latigazo de calor.

Empecé a gritar, a llorar y a pedirle que me sacara las manos. Le decía que me estaba quemando, que lo hice porque teníamos hambre y que no lo volvería a hacer.

A la tarde llegó mi abuela paterna, Eva Teresa. Cuando me vio las manos quemadas, me preguntó qué me había pasado. Le conté lo que había sucedido. Sin mediar palabras, volvió a golpear a Silvia hasta que cayó desmayada. Pensé que la había matado.

Empecé a gritar y a pedirle que dejara de golpearla. No podía mover los dedos de las manos. Me ardían. Sentía mucho dolor. Mi abuela me masajeaba con una crema especial para quemaduras. Me dijo que se tenía que ir,

pero que vendría por mí y por mis hermanitas; nos quería llevar a vivir con ella. Se le hacía difícil porque no tenía dinero y alquilaba un departamento en el barrio porteño de Caballito.

Cuando mi abuela se retiró, fui a ver cómo se encontraba Silvia. Me dijo que nos iban a desalojar y que no tenía dónde llevarnos. Tenía pensado repartirnos como si fuéramos una bolsa de papas. Mis hermanos varones se irían con una tía; mi hermana Marianela con su hermana; mi hermana Daniela con la hermana de mi papá; y yo, con mi abuela paterna.

Pasé un tiempo con mi abuela, quien me vestía como una princesa y me cuidaba con amor. Pero una mañana vi a mi papá; él me cantaba <<La bilirrubina>> de Juan Luis Guerra mientras se preparaba para trabajar. Mi abuela me dijo que me iría de vacaciones con él un tiempo parcial. Pero la alegría duró poco. A Gloria, su pareja, no le gustó nuestra

presencia y, junto a una amiga, decidieron llevarnos a un instituto de menores. Fuimos las primeras en ingresar: mi hermanita de cuatro años a un hogar de niños pequeños y yo, con apenas seis años, a un hogar de mujeres adolescentes.

El primer día en aquel instituto fue traumático. Una de las chicas me metió bajo la ducha de agua fría mientras yo gritaba; empezó a pegarme hasta que otra joven intervino para defenderme. Me llevaron a una habitación llena de camas y, al apagarse la luz, lloré en silencio extrañando a mi papá y a mis hermanos.

Lo único bueno era que allí no pasaba hambre: había desayuno, almuerzo, merienda, cena y postre.

Meses después, trajeron a mi hermanita conmigo, pero pronto volvieron a separarla. Ella levantó una fiebre altísima del dolor de extrañarme; cuando la trajeron de nuevo, la

acuné en mis brazos y le canté hasta que su temperatura bajó.

Luego nos trasladaron a un hogar evangélico. Allí nos hacían trabajar en una huerta bajo el sol y me subían a un banquito para que pudiera pelar verduras para la comida. Me enseñaron a lavar mi ropa, pero sentía que aquellas tareas no eran para niñas de nuestra edad.

Recordaba el viaje en taxi hacia otro instituto, abrazada a un vaso de Xuxa y a una foto de mi papá. Esa foto, que guardaba bajo la almohada para sentirlo cerca, terminó desapareciendo, lo que me causó un dolor inmenso.

Un atardecer de verano, me avisaron que tenía visita. Mi corazón estalló de emoción: era mi papá junto a mi tío Gustavo. Logramos salir de allí, yo apenas una niña perdida en medio de aquel caos de gritos y empujones, pero sentí las manos de mi papá rodeándome con una fuerza que no conocía.

Me urgía a caminar, casi cargándome en el aire para que mis pasos cortos alcanzaran su ritmo. –Subí, hija, rápido, me susurró mientras me empujaba hacia el interior del vehículo que nos esperaba en la puerta.

Me subí de un salto, con el corazón galopando contra las costillas. En ese momento sentí una felicidad que se me desbordaba, una alegría pura y brillante de esas que solo se tienen pocas veces en la vida. Miraba por el vidrio sintiendo que, por fin, alguien había venido a buscarme.

Sin embargo, poco después terminamos en un nuevo instituto; Silvia nos había llevado engañándonos una vez más. Mientras ella hablaba con la directora, yo me revolcaba en el piso gritando que no me abandonara, pero se fue como si nada.

Finalmente, llegamos al Carlos Arenaza. Era un lugar inmenso, con casas de estilo americano. El sol ahí parecía brillar distinto, iluminando el verde intenso del pasto

que contrastaba con el gris del hotel donde vivíamos. Yo pasé de la “casita del sol” a la “casita de los enanitos”. Allí, a pesar de sentirnos como forasteras al principio, viví momentos hermosos. Teníamos amigos como “Virulana”, como Martín, Mariela, Lean, Silvina... Nos llevaban de excursiones, festejos de cumpleaños y vacaciones en las playas de Chapadmalal. En una ocasión, el presidente Carlos Menem nos visitó en helicóptero para una fiesta de reyes; hubo regalos, juguetes y una torta gigante. Recibí una muñeca con su cochecito y fuimos al teatro a ver el show de Xuxa.

Ese hogar me hacía sentir cuidada con amor, algo que ningún familiar hizo en esos años, es que Silvia solo aparecía brevemente para sacarme fotos y luego desaparecía. Por eso, cuando en 1994 me avisaron que nos iríamos con una familia sustituta porque el instituto no tenía más cupos, sentí un miedo profundo. Miraba la luna desde la hamaca y le

preguntaba si ella conocía mi futuro, mientras
la tristeza volvía a envolverme.

III. El sótano: un infierno llamado hogar

Épocas oscuras

En un sótano, el infierno se nos presentó. El aire allí abajo era pesado y a encierro que se instalaba en los pulmones.

No sé por qué, pero sentía que ese cambio no sería bueno ni para mí ni para mis hermanitas. Mi corazón empezó a doler, un latido sordo y rítmico que me golpeaba el pecho desde adentro.

¿Por qué nos sacaron del Arenaza?
¿Por qué nunca se hizo nada para investigar?
¿Por qué la asistente social siempre se ausentaba? Solo la vi una vez. ¿Qué habría detrás de esos monstruos? ¿Por qué los cambios abruptos de psicólogas? Estas son preguntas que me hice durante años y que aún no tienen respuesta.

Una vez que el juez autorizó a la familia sustituta para trasladarnos a su casa --- --sin que nos avisaran previamente, los conocí ese mismo día. Con un pequeño bolso en mis manos y mucha tristeza, nos subieron a un Falcon azul oscuro. El motor rugía con un sonido metálico y el olor a nafta invadía el habitáculo, mareándome. Iba rumbo a la localidad de San Miguel, a una casa de clase media-baja donde vivía un matrimonio con sus cinco hijos. Él era policía federal; trabajó en la garita del Arenaza y al poco tiempo se jubiló. Ella era ama de casa, descendiente de italianos.

Al llegar a esa casa, tomada de la mano de mi hermanita menor, me frené al caminar. Sentí el cemento frío bajo mis pies y una ráfaga de viento helado me erizó la piel.

Miré la vivienda y sentí un vacío en el alma; automáticamente rompí a llorar. Abracé a mi hermanita; no quería que la retiraran de mi lado, quería que durmiera conmigo en la

misma cama porque era pequeña. Sentí sus manos pequeñitas apretando mi remera, buscando un refugio que yo no sabía si podía darle. Ella también empezó a llorar, motivo suficiente para que nos dejaran estar juntas, claro, tenía terror.

Me quería volver al instituto de menores Carlos Arenaza. Les pregunté si al día siguiente me llevarían de vuelta porque necesitaba hablar con la directora.

Él me respondió que no se podía, que yo era menor de edad y solo una niña; que le dejara a él, quien se encargaría de llevar mi mensaje. –No quiero estar acá, --les dije con clamor. Mi voz salió quebrada, mezclándose con el sonido de los grillos que empezaban a cantar afuera. Su respuesta fue: –Ya te vas a adaptar, mientras sonreía. Esa sonrisa no llegaba a sus ojos; era una mueca gélida que me hizo recorrer un escalofrío por la espalda.

No pude dormir. Me acerqué a la ventana para mirar la luna y pedirle que me

ayudara, que me quería ir, que tenía dolor en el corazón y que mi hermanita no paraba de llorar. El llanto de ella era un hilo agudo que cortaba el silencio de la noche. Lloraba por dentro mientras el mundo seguía su curso, ajeno a mi dolor.

Al principio éramos nosotras tres con sus cinco hijos, pero después se sumaron los hermanos Piccara, quienes también estuvieron en el Arenaza con una vida sufrida como la mía o quizás peor.

Llegó el día del bautismo; Juan Carlos e Irene fueron los padrinos de los seis. Fue un bautismo de lo peor; nos vistieron con camisas blancas de manga corta y pollera de jean. La tela de la camisa era rígida y áspera, me picaba en el cuello como si fuera una advertencia. A Sebastián Piccara le pusieron camisa y pantalón de vestir.

Durante la misa, ellos se hacían los buenos y simpáticos. Sin embargo, antes de llegar, ella siempre nos gritaba y nos dejaba en

penitencia mirando la pared en posición firme. Mis ojos se cansaban de contar las grietas del revoque mientras mis piernas flaqueaban por el cansancio. Está claro que recibían un sueldo por nosotros.

Juan Carlos abusaba sexualmente de mí, de mis hermanitas y de las hermanas Piccara; nos amenazaba. Nos decía que no debíamos decir nada, que lo que hacía era normal, pero que nunca lo contáramos y que él no nos haría nada malo. Me produce náuseas narrar esto; siento el sabor amargo de la bilis subiendo por mi garganta. Se merecía la cárcel de por vida.

Siempre cambiaban de niñera porque ellas renunciaban. A más de una las escuché gritar pidiendo ayuda. Él las contrataba con cama adentro y eran chicas jóvenes. Una noche escuché gritos; la niñera lloraba y decía: -----
--- ¡salga de acá, señor! ¡Usted es un violador!
El sonido de la puerta golpeando contra el marco retumbó en toda la casa.

Al día siguiente renunció y se presentó con sus padres para denunciarlo. Entre lágrimas decía: usted se metió en mi cuarto, estaba abusando de mí. El padre de la exniñera quería golpear a Juan Carlos. Estaba claro que su mujer, Irene, era cómplice; ella sabía de los abusos y maltratos porque también los ejercía. Sus ojos siempre estaban vigilantes, fríos como dos cuentas de vidrio.

Una vez a la semana teníamos psicóloga; nos hacía dibujar, jugar y charlar. Le pregunté si podría hablar con el juez. Ella me miró y me preguntó qué quería decirle, qué era lo que me pasaba. Entonces, con la voz entrecortada, le dije que quería volver al instituto Arenaza, que allí yo estaba bien; que mi corazón estaba triste en esta “casa de infierno”.

Medio una hoja y un lápiz para que redactara la nota. El grafito chirreaba sobre el papel mientras mis dedos temblaban. Me concentré y escribí:

*Señor juez,
por favor, quiero volver al instituto Arenaza.
Ese hogar me cuidaba bien. Me duele el
corazón y todas las noches lloro mucho. Juan
Carlos nos maltrata y abusa de nosotros. Por
favor, sácame de aquí porque me hace mucho
daño.*

*Miro la luna por la ventana de mi dormitorio;
ella también parece que está triste porque
anoche no brillaba, no iluminaba con fuerza.
Señor juez, me llamo Nadia Cornalino y tengo
once años.*

Cuando terminé de redactarla, se la entregué.
Me preguntó si podía leerla y asentí en
silencio. Mientras recorría mis palabras, su
semblante cambió y sus ojos se nublaron. Me
preguntó qué me pasaba, me aseguró que
podía confiar en ella... y fue en ese instante
cuando decidí, junto con mis hermanitas y las
hermanas Piccara, contarle la verdad: la
realidad de lo que estábamos padeciendo, los
abusos sexuales, los maltratos y la violencia.

Sentí un peso inmenso desprenderse de mis hombros, aunque el miedo seguía ahí, latente. Una de las hermanas Piccara tenía miedo de que, si contábamos la verdad y Juan Carlos lo descubriría, nos golpeará hasta matarnos. Le pedimos a la psicóloga que, por favor, nos ayudara, que avisara a las autoridades y nos brindara asistencia para salir de ese infierno.

Pasaron unos días y él se enteró. Sus pasos sonaban como truenos anunciando la tormenta. Me fue a buscar al dormitorio, yo estaba leyendo un cuento, me llevó al baño, me desnudó, golpeó mi cabeza contra la pared sin parar y abusó sexualmente de mí. El dolor era una explosión blanca detrás de mis párpados y el frío de los azulejos chocaba contra mi espalda.

Después me metió en la ducha y siguió golpeándome hasta que no pude más. El agua helada me cortaba la respiración, sentía que me ahogaba en cada bocanada de aire. Sentía que me moría y no podía respirar.

Después fue por mis hermanitas, haciéndoles lo mismo. Desde lejos las escuchaba llorar. Sentía dolor y culpa porque la idea de contar la verdad y la carta al juez fue mía. Esa culpa me quemaba por dentro más que los propios golpes. Anhelaba la muerte, solo la muerte; nos podría haber matado.

Me cuesta mucho seguir escribiendo. Es volver al pasado y vivirlo en carne propia: escuchar los llantos de mis hermanitas ---en especial los gritos de la menor. Y los golpes que él le causaba. El eco de esos golpes todavía resuena en mis oídos cuando hay demasiado silencio.

La psicóloga pasó a ser mi enemiga; sentía que no podía confiar en nadie, ni siquiera en ella, que confesó lo que debía ser un secreto.

Ese informe debió pasar por el juzgado de menores, pero ellos dos hicieron un pacto. Un pacto de sombras y silencio.

A la semana tuve que volver a la psicóloga. Me senté frente a ella y me quedé en silencio, aunque tenía mucho para decirle. La miraba con repugnancia, desprecio y asco. Me preguntó cómo estaba y qué me ocurría. La miré fijo a los ojos y, entre lágrimas, le dije: no creo que le importe cómo estoy. No quiero venir más, no voy a hacer nada. Cuénteles a Juan Carlos la verdad. No supo qué responderme. Me ofreció un té y le respondí enojada que no. El vapor del té subía entre nosotras como una barrera insalvable. Terminó la sesión, llamó a Juan Carlos a su oficina y se reunieron solo ellos dos.

A la semana siguiente nos llevó a una psicóloga nueva; la anterior renunció. La escena era la misma: no contar nada de los abusos, golpes y maltratos; solo dibujaba. Mis dibujos eran manchas oscuras, trazos violentos que gritaban lo que mi boca callaba. Cuando me preguntaba algo, le respondía que estaba bien; no quería saber nada. Sentía un vacío en

el alma, vivía un infierno y pensaba que tenía los días contados siendo solo una niña. La nueva psicóloga duró poco y también renunció. Una vez al mes, los informes debían ir al Arenaza, pero parece que a ninguna autoridad le llamaba la atención ya íbamos por la séptima psicóloga.

Empecé a investigar por qué renunciaban, por qué manipulaban los informes y qué pasaba entre ellas y él. ¿Cómo podían ocurrir tantas irregularidades si estábamos bajo supervisión del juzgado? Nos mudamos de San Miguel a una quinta en Tortuguitas; para él era especial porque sus abusos fueron aún mayores. Allí el silencio del campo era cómplice; los árboles altos ocultaban la casa de las miradas ajenas.

Allí nadie oiría nuestros gritos; su poder adquisitivo aumentó y lo demostraba con un vehículo nuevo, construcciones en la vivienda y vacaciones.

Cuando terminó la sesión con la última psicóloga, ella le entregó un sobre a Juan Carlos. Él lo guardó en una carpeta, le dio la mano y le dijo: hasta la próxima semana, es usted muy gentil. Ese “gentil” sonaba a veneno. Una noche lo vi sentado en el comedor con su máquina de escribir, manipulando lo que redactaba en el sobre; era un informe de muchas hojas. El repiqueteo de las teclas era como disparos en la quietud de la noche. El día de la sesión, él le entregó un sobre y le pidió su firma y sello.

Yo armaba mi propio rompecabezas: era un psicópata narcisista, un monstruo.

La psicóloga tenía su consultorio al fondo de su casa, iluminado y con un espejo grande donde me pedía que narrara lo que veía. Yo solo veía una sombra de lo que solía ser. Estaba frustrada y herida; buscaba un abrazo o amor, pero recibía abusos y golpes. Al terminar una sesión, Juan Carlos nos buscó en su camioneta nueva y nos hizo esperar.

Observé desde un rincón que estaban discutiendo con voces elevadas. Ella empezó a llorar y él le entregó dinero de modo nervioso diciendo: es usted muy gentil, doctora.

Al subir a la camioneta, la insultó diciendo: esta “idiota” tiene los días contados. Yo quería saber por qué le entregó dinero de más, pero no podía dejar rastro de mis sospechas.

En la siguiente sesión, me crucé de brazos y no dije palabra; solo hice rayas nerviosas en una hoja. Al salir, los vi discutir de nuevo e intercambiaban sobres. Ella lloraba y le gritaba que se fuera. El subió enojado a la camioneta y nos dijo que no tendríamos más psicóloga, que estaba harto. Y así fue.

Cuando descubrió que uno de sus hijos era gay, se lo confesó a Irene. Fue a buscar su arma reglamentaria, lo llevó al fondo de la casa, lo apuntó y disparó al aire cerca de sus piernas gritándole que no quería que fuera “puto”. El olor a pólvora quemada inundó el

jardín. Su hijo, aterrado y entre lágrimas, le decía: si papá, pero no me mates, por favor. Yo observaba desde la ventana e Irene le gritaba que se detuviera. Al oír los disparos, quedé aterrorizada y me escondí. Me hice ovillo en un rincón, tapándome los oídos.

De sus tres hijos varones, dos eran gay; una de sus hijas perdió varios embarazos. La mayor se encerraba con llave y le prohibía a su padre entrar mientras dormía.

Un día, aprovechando que merendaban, llamé desde el pasillo a la mamá de una compañera, Adelaida, pidiéndole ayuda. El auricular sudaba en mi mano y el corazón me iba a mil. Tuve que cortar al oír a Irene. Cuando la mujer llamó de vuelta preocupada, Irene le mintió diciendo que yo inventaba cosas.

Corrí al baño a llorar, sintiéndome inútil. Irene me esperaba afuera; me dio un guantazo y me obligó a mirar la pared en posición firme. El sabor a sangre en mi labio era el recordatorio de mi impotencia. A veces

acababa golpeándome a misma,
preguntándome por qué tanto sufrimiento en
este sótano sin salida.

En un cumpleaños, escuché a la
hermana de Juan Carlos contar que él había
abusado de su hija y que la había golpeado
para que no lo denunciara.

Las hermanas Piccara, violadas y
amenazadas, me confesaron con dolor que
deseaban matarlo.

Otro día, nos llevó a conocer a su
madre. En el viaje, tras una discusión, sacó
una cuchilla y le pegó a uno de sus hijos en el
antebrazo. El brillo del metal bajo el sol fue
seguido por un grito de dolor. Al ver la sangre
me escondí aterrada. Su madre lo obligó a
llevar al chico al hospital.

Su hijo volvió vendado y asustado.

Teníamos de vecinos a un concejal y a
la hermana de una actriz conocida, a quien
Irene trataba de loca. Seguramente el monstruo
quiso abusar de ella y por eso la difamaba.

Cuando el instituto de menores Carlos Arenaza cumplió años, nos invitaron. Nos dieron ropa nueva y perfume para ir. El aroma dulce del perfume se sentía extraño sobre mi piel acostumbrada al olor del sótano. Allí unos especialistas nos dieron una charla sobre los abusos sexuales. Me quedé callada por miedo a que pasara lo mismo que con la psicóloga.

Me fui a las hamacas a cantar y recordar cuando era feliz allí. El movimiento de la hamaca era lo único que me daba paz, me acerqué a la dirección y vi a la directora; quise saludarla pero las palabras no me salían mis ojos se vidriaron. Me alejé despacio, juntando hojas secas. El crujido de las hojas bajo mis zapatillas era el único sonido de mi despedida.

Una mañana, Juan Carlos me esperaba en la cocina. Me aterró, me fui al baño y me dije al espejo --¡...qué asco le tengo a este violador! Mi reflejo me devolvía una mirada de odio profundo. Tardé en salir por miedo a

que me matara. Al pararme frente a él, me pidió que me sentara y me preguntó: ¿Conocés a Luján? Le respondí que sí, que mi tía se llamaba Mabel Luján. Sonrió y me dijo que mi hermano mayor y mi abuela me estaban buscando, que ella sufría mucho y que nos llevarían a vivir con ellos.

IV. Una luz en la escalera

Aquella noticia me dejó conmovida; no me salían las palabras. No sabía si era un invento suyo o un nuevo plan para ejercer sus abusos. Sentía la boca seca, como si hubiera tragado arena, y las manos se me pusieron frías de repente.

Le dije que iría a contarles a mis hermanitas, pero me frenó en seco. Me dijo que no, que yo no tenía nada que ver en eso; aquello aumentó mis sospechas. Aseguró que quería verlas a ellas para decidir si nos íbamos o no. Pasé todo el día pensando si sería verdad que mi tía, mi abuela y mi hermano mayor nos buscaban; me preguntaba si ellos presentían que estaba en un infierno o si yo simplemente estaba soñando. La taquicardia me invadió. Sentía el pulso retumbando en mis oídos, un eco acelerado que no me dejaba oír el resto de los ruidos de la casa.

Cuando se me pasó, me senté en un rincón a leer mi novela preferida: *Mi planta de naranja-lima*, de José de Vasconcelos. Al pasar las páginas, el olor a papel viejo y polvoriento me envolvía, ofreciéndome un refugio familiar contra la angustia.

Pasaron las semanas sin novedades, así que le pregunté a mis hermanitas si Juan Carlos les había contado lo mismo. Mi hermanita Marianela me confirmó que sí; ambas, con mucho miedo, empezamos a contar los días para abandonar esa casa del terror.

Volví a preguntarle si había noticias de mi tía. Me respondió que aún no tenía la autorización del juez, pero que al día siguiente a primera hora teníamos una cita en el instituto Arenaza. Esa noche no pude dormir. Mientras permanecía alerta, escuché cómo se abría la puerta de la habitación y oí cómo abusaba, desconsideradamente, de mi hermanita. El crujido de la madera bajo sus pies y el sonido de su respiración agitada me hacían arder la

sangre de impotencia. Quería gritar para que la dejara en paz. Se me revolvió el estómago; no aguantaba más. Sentía una náusea ácida quemándome la garganta mientras apretaba las sábanas con los nudillos blancos.

A la mañana nos despertaron apurándonos para ir al Arenaza. Él nos amenazó de nuevo para que no contáramos nada de los abusos. Sus palabras eran susurros cargados de odio que me sentían como puntas de hielo en mi nuca.

Al llegar, nos dirigimos a la oficina de la asistente social. Vi a dos chicos sentados en la escalera, pero estaba demasiado inquieta por lo que vendría para fijarme bien. El sol de la tarde pegaba en las baldosas de la entrada, pero yo seguía sintiendo un frío interno que no se iba. De repente, una voz me llamó por mi nombre: Nadia, ¿No me conocés? soy tu hermano Matías.

Lo abracé con todas mis fuerzas. Su campera olía a aire libre, a jabón perfumado y

a una libertad que creía perdida. Al frente estaba mi otro hermano, Fernando, el mayor, llorando desconsoladamente. Me dijo: --vengo a buscarlas, de verdad. Pensé que era un sueño; reía y lloraba al mismo tiempo en una mezcla de sentimientos. Mi tía me explicó que estaban tramitando los papeles para retirarnos y me pidió paciencia, jurándome que nos sacaría de ese lugar.

Miré hacia la luna, más brillante que nunca; las estrellas me iluminaron hasta llenar mi alma de amor. El cielo nocturno parecía un manto de terciopelo salpicado de diamantes que por fin me daban la bienvenida. Ya no estaban apagadas ni escondidas; ahora brillaban como si supieran lo que me pasaba por dentro.

En el sótano, poco a poco, empezaba a entrar la luz. Podía mirar con claridad el sol, la luna y las estrellas; sentía que me abrazaban cada mañana. Era un cambio de paradigma.

La visita fue corta. Cuando llegó el momento de despedirnos, empezamos a llorar con mis hermanitas porque no queríamos que se fueran. Mi hermano me repitió: ---tranquila, te voy a sacar de aquí. ---La próxima vez tendré buenas noticias. Nos subimos a su camioneta y, desde la ventanilla, lloraba viendo cómo se marchaban hacia Glew, donde vivían con mi tía.

Ella se había hecho cargo de ellos; por eso, nunca estuvieron en un instituto.

Mi hermano mayor, con dieciocho años, necesitaba a alguien mayor de edad que lo ayudara con los requisitos burocráticos y la vivienda digna que les exigían.

Paradójicamente, el juez no pareció importarle que Juan Carlos fuera policía al entregarles a tres niñas como si fuéramos una bolsa de papas, sin hacer un examen psicotécnico ni seguimiento alguno. Nunca hubo visitas de autoridad ni se juzgó a Juan Carlos e Irene por sus monstruosidades; ni siquiera fueron presos.

Contaba los días para el reencuentro, pero mientras tanto, la violencia continuaba. Él me recordaba, con sadismo, que tenía el poder de decidir si nos íbamos o nos quedábamos allí para siempre.

Llegó el día de la visita y se negó a llevarnos, mintiendo que una de mis hermanitas tenía fiebre para reprogramar la cita. Lo desprecié con todo mi ser por seguir manipulando nuestro dolor a su antojo.

Finalmente, llegó el día de la partida definitiva. Lo miré con asco y no quise saludarlo; solo guardé un poco de ropa en un bolso y me quedé junto a la puerta. El roce de la lona del bolso en mis manos se sentía como el peso de una vida que por fin dejaba atrás. Él me miró sonriendo y me dijo: ---Estás contenta... Déjame que te toque un poco, te voy a extrañar. Intentó darme un beso en la boca y sentí náuseas; quise vomitar. El olor de su aliento y la humedad de su piel cerca de la mía me provocaron una arcada violenta. Lo

empujé sin miedo, porque sabía que afuera me esperaba algo mejor.

Salimos rumbo al Arenaza, donde mis hermanos nos esperaban para llevarnos, por fin, a Glew.

V. Vivir solo cuesta vida

Estuve un tiempo viviendo con mi hermano mayor. Él fue quien me anotó en la escuela y me firmaba el boletín; afortunadamente, siempre tuve buenas calificaciones.

Todo ese proceso fue difícil: no tener un lugar propio donde vivir, ni poder cumplir con la rutina básica de desayunar, almorzar o cenar. Mi familia era muy vulnerable y, aunque el dinero apenas alcanzaba, vivíamos con humildad y pocos recursos.

Mi hermano mayor no quiso seguir estudiando; ni siquiera empezó la secundaria, sino que se dedicó a trabajar como ayudante de cocina.

Mi hermano Matías aprendió a leer de grande y, por fortuna, pudo terminar el primario; mi hermana Marianela también tiene estudios incompletos. Daniela, la menor, empezó la secundaria de adulta, pero

abandonó al poco tiempo. Yo soy la única con estudios universitarios; soy estudiante de Diseño Gráfico en la Universidad de Buenos Aires, en la sede FADU, en Belgrano.

En un momento me fui a vivir con mi papá a San Telmo, mi barrio predilecto. Vivíamos en un conventillo de planta baja; donde el aire olía a humedad antigua; nuestro departamento era el tercero, humilde, con dos dormitorios, cocina y baño.

Mi papá convivía allí con Gloria. La relación no fue nada fácil; había muchas discusiones verbales porque no se llevaban bien. Mi papá engañaba a Gloria con otra mujer y ella solía echarlo; las cenas eran momentos difíciles, con el sabor agrio de la tensión. Además, en plena etapa escolar, nos cargaban con todas las tareas del hogar, sintiendo el peso del agua fría y el detergente en las manos, dejándonos poco tiempo para el estudio.

Cuando estaba por empezar la secundaria, una tarde caminaba por la calle Bolívar y me crucé con Mariela, mi amiga de la infancia del Arenaza. Nos miramos, sonreímos y nos fundimos en un abrazo. Le dije: --Mirá qué grande es el mundo, pero a la vez qué pequeño. Ella me sonrió con lágrimas en los ojos y me dijo que me extrañaba, que pensaba que no volvería a verme. Vivía cerca, con su mamá y sus cuatro hermanos.

Le comenté que me iba a inscribir en la secundaria de la calle Bolívar porque anhelaba ser profesional, comprarme una casita y viajar por el mundo.

Ella se rió a carcajadas, una risa que vibraba con la frescura de la juventud, me acarició el cabello y me dijo que ella también tenía un sueño: ser autora.

Prometimos que viajaríamos juntas, tal cual lo habíamos soñado una noche de verano en las hamacas del Arenaza.

De regreso al conventillo, mi papá preparaba la cena porque vendrían mi abuela paterna y unos parientes de Gloria. Al terminar, Gloria me ordenó lavar todos los platos sucios. Mi abuela Eva Teresa, con la voz firme como el roble, se levantó y le dijo que no permitiría que una sola persona lavara todo, siendo tantos. La trató de vaga y empezaron a los gritos; Gloria terminó echando a mi abuela. Sentí mucha tristeza; mi abuela tenía razón, no era justo.

Cuando faltaba poco para mis quince años, Gloria organizaba la fiesta.

Me llevó a comprar el vestido –sentir el raso fino entre mis dedos--, los zapatos y los souvenirs. Al preguntarme a quién invitaría, mencioné a mis compañeras del secundario, mis hermosas amigas del amor: Mariela, Marina y Pato.

Gloria fue rotunda y sus palabras hirieron como vidrios rotos: dijo que Pato no podía ir porque era “drogadicta” y que Mariela

y Marina eran “atorrantas”, aunque con ellas no puso problemas. Aseguraba que Pato era una mala influencia que me llevaría por mal camino. No me gustó que las juzgara sin conocer la nobleza de sus cicatrices.

En el recreo de la secundaria, le conté a Pato la situación con la voz temblorosa mientras compartíamos el olor a pan tibio de unas medialunas de jamón y queso. Le pedí que, aunque no estuviera invitada formalmente, se acercara a la puerta porque la necesitaba. Ella aceptó con tristeza. Mi abuela, a quien Gloria tampoco invitó, hizo lo mismo.

La fiesta fue en un pequeño salón de un comedor comunitario peronista.

Entré del brazo de mi papá; ver allí a mis hermanos y compañeros fue un sueño. Al terminar de bailar el vals, salí a la vereda; allí me esperaban mi abuela y mi Pato. Las abracé fuerte, sintiendo el calor de su lealtad, les llevé gaseosa y charlamos un rato largo. Les dije que debería entrar para no levantar sospechas,

pero les recordé cuánto las quería y lo orgullosa que estaba de ellas.

La fiesta siguió con comida casera y baile toda la noche.

Con el tiempo, mi abuela se enfermó de cáncer de mama. La acompañé a retirar sus medicamentos en filas interminables bajo un calor sofocante que derretía el asfalto. Trabajó hasta que la enfermedad avanzó y falleció tras semanas de internación. Sufrió mucho por haber tenido que dejarnos en el instituto; a veces la bronca la llevaba a golpear a Silvia y a mi papá por lo ocurrido.

En San Telmo viví mis aventuras adolescentes con mis cuatro amigas incondicionales: Mariela, la perezosa pero querida mendocina; Marina, la “lengua karateca” de las malas palabras; Pato, mi hermana de corazón bondadosa; y Galita, la ingeniosa del grupo.

Con ellas era feliz y me sentía mimada. Hacíamos travesuras en la escuela, nos

copiábamos en los exámenes y después nos íbamos al Parque Lezama a comer pizza –el sabor a queso burbujeante y a libertad-- y cantar.

Mariela se fue muy pronto, a los treinta y seis años. Su partida dejó un vacío gélido en mi corazón que aún no sana. Era autora, escribía novelas y amaba interactuar con sus seguidores.

Tuvo una infancia difícil cuidando a sus hermanos, cargando con un vacío que solo parecía llenarse a mi lado. Éramos como hermanas gemelas.

Cuando se mudó a Mendoza, mantuvimos nuestra amistad por cartas manuscritas; sentir la textura del papel y el olor a tinta era nuestra forma de tocarnos. Y luego por teléfono, pero las cartas nunca cesaron. En una de ellas me confesó que tenía cáncer de mama.

Se mostraba positiva, pero las quimios la agotaban. Me dolió el alma acompañarla en

la distancia. Me contó que me había nombrado mucho en sus novelas; era su forma de decirme que fui especial.

Falleció apenas unas horas después de haberme dicho lo mucho que sufría por el avance de la enfermedad.

Pato falleció en la tragedia de Cromañón por intoxicación. Tenía veintiún años y trabajaba limpiando los baños del lugar. Su vida fue durísima, muchas veces estuvo durmiendo en la calle, pero era la persona más tierna; siempre me defendía. Lloré días enteros, sintiendo el sabor amargo de la injusticia, enojada con dios y dudando de su existencia. No entendía por qué se iban ellas, que solo tenían bondad y empatía.

Recuerdo una vez que Gloria me echó de casa. Sin saber adónde ir, busqué a Pato y como no se encontraba en su casa le dejé una nota a su hermana. Me refugié en la escalera de un edificio en la calle Chacabuco, donde el mármol estaba helado y duro. Cuando Pato

me encontró, me trajo comida y me dijo: --Acá sola no vas a dormir, me quedo con vos.

Pasamos la noche en la escalera del segundo piso y al amanecer me llevó a su casa. Pato vivía en un hotel con sus padres y seis hermanos; la convivencia era violenta y ella prefería la libertad del asfalto antes que ese entorno.

De la tragedia de Cromañón me enteré por televisión. Al ver las imágenes del boliche en Once, la desesperación me invadió. No pude dormir y, a la mañana siguiente, llamé a los números de emergencia. Tras una espera eterna, la operadora me confirmó que Pato estaba en la lista de fallecidos con el número ochenta y ocho. Entré en crisis de gritos y llanto. Sentí que había nacido para sufrir y que la felicidad era solo un brillo fugaz en un mar de sombras.

Marina, por su parte, siempre fue la más celosa y defensiva del grupo, pero su corazón estaba lleno de amarguras que volcaba

en cartas llenas de metáforas. La adoro infinitamente; ella me dio un lugar en su casa durante meses, y sigue siendo mi fiel amiga “la lengua karateca de las malas palabras” Galita, siempre dedicada al estudio; hoy es artista, escritora y profesora de yoga. Sigue siendo mi consejera; nos reunimos seguido para compartir charlas y risas que son el bálsamo de mi presente.

VI. La cumbia y el pogo ricotero

Las aventuras.

Se venía el recital de *Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota* en la cancha de River Plate. El aire en Buenos Aires ya vibraba con esa electricidad estática que solo precede a los grandes rituales; se sentía un zumbido en los oídos y el olor a baldosas caliente mezclado con el polvillo de las baldosas flojas. Tenía pensado organizar con las chicas para asistir; fui a buscar a Pato y, como nunca estaba en su casa, supe que la encontraría en el Parque Lezama. El parque olía a pasto seco y al verdín rancio de las fuentes antiguas. Corrí a buscarla y le dije: ----Esta misa no podemos perdérsola. --Claro que no, amiga, me respondió. Sentí el calor de su abrazo, una mezcla de tabaco y el sol de la tarde pegado en su piel.

Fuimos a avisarles a las demás; teníamos dinero para comprar la entrada de un solo día, pero en realidad queríamos ir los dos días consecutivos. Notaba el metal frío de las monedas quemándome la palma de la mano, un peso pequeño pero lleno de promesas.

Sábado y domingo. Fuimos a un local de la calle Lavalle para buscar las entradas del sábado 15 de abril de 2000. El centro era un hervidero de bocinas y el aroma a cervezas de los bares de la zona. ---Ahora me tengo que comprar la remera---, pensé, y busqué a Marina para que me acompañara. Al tocar la tela de algodón nueva de la remera negra, sentí esa espereza característica de la estampa recién hecha, un olor a tinta y a pertenencia. Estaba ansiosa; era mi primer recital de la banda que amo, soy fanática a muerte. Mi corazón galopaba contra las costillas, un tambor sordo que no me dejaba quieta.

Le dije a Pato: --Vamos a estar unidas, amigas; nuestras aventuras son un minuto de

felicidad. *Vivir solo cuesta vida*. Mis ojos brillaban con luz salvaje bajo el sol naranja. Nos fuimos abrazadas, cantando en voz alta por la calle mientras nos mirábamos a los ojos, riendo como si estuviésemos locas. Nuestras risas rebotaban en las paredes de los edificios, frescas y ruidosas, desafiando al silencio del mundo adulto.

Recordaba cuando se suspendió el recital de Olavarría; yo era aún muy chica y miraba por televisión los incidentes. El tubo de la televisión vieja emitía un calor seco y ese olor a ozono que me ponía los pelos de punta. Mi abuela decía: ---Esta música es diabólica. ¿Qué decís, abuela? murmuraba yo. Esa fragancia a alcanfor de su ropa y el sonido del rosario chocando contra sus dedos eran el contraste de mi mundo. No me animaba a decirle que estaba enamorada de esas metáforas y poesías. Ella insistía: ---Estos drogadictos de Ricota les lavan la cabeza; por eso enfrentan a la policía y así mueren pibes.

Miré lo que pasó con Bulacio--- y cambiaba de canal. Sentía un nudo amargo en la garganta, una impotencia que sabía a hierro.

Le redacté una carta a Mariela para decirle que ya teníamos las entradas y que me había comprado la remera de *Los Redondos*. El roce de la birome sobre el papel áspero me calmaba; la tinta azul era mi único refugio. Salí de mi casa a toda velocidad, agitada, para entregarle la carta a su madre y esperar una respuesta pronto. El viento helado me golpeaba la cara, pero mis pulmones ardían de esperanzas. Por suerte, la respuesta llegó a tiempo: me decía que ella también tenía su entrada, que iría con su novio y que se ubicaría en la platea con una bandera gigante que decía: --*Vivir solo cuesta vida*.

Llegó el gran día. Como era menor, tuve que mentir en mi casa diciendo que iría a estudiar con Marina. Me sudaban las manos y sentía el sabor metálico del miedo mezclado con la adrenalina. Salimos de San Telmo

hacia el barrio de Belgrano; el subte estaba repleto de ricotereros. El vagón era una cápsula de calor humano, olor a transpiración, cerveza y un rugido colectivo que hacía vibrar las ventanas. Les dije que era un viaje ---de solo Ricota y empezamos a reír a carcajadas.

Hicimos combinación con el tren; la hermana de Marina insultó a una señora que nos miraba mal, como si fuéramos ---cabecitas negras. Recorrí el cuero inerte del asiento del tren y la mirada gélida de esa mujer que olía a perfume caro y prejuicio.

La mujer se atajaba la cartera pensando que queríamos robarle.

Había filas larguísimas y mucha policía montada. El olor acre del estiércol de los caballos se mezclaban con el gasoil de los patrulleros. De repente, la policía empezó a reprimir con garrotes, balas de goma y camiones hidrantes. El aire se volvió espeso con gas lacrimógeno que quemaba los ojos y la

garganta; se oían los gritos secos y el galope errático sobre el pavimento.

Los ricotereros no nos llevamos bien con la policía y cantábamos: ---*Yo sabía que a Bulacio lo mató la policía.* Nuestras voces eran un escudo carrasposo contra el miedo. Era tal la multitud que nos dejaron pasar sin pedirnos las entradas. Corrimos hacia el campo y empecé a buscar la bandera de Mariela en las plateas. El césped bajo mis pies estaba húmedo y aplastado, desprendiendo un olor a tierra herida. Cuando empezaron los cantos de *–Redondo, redondo, redondooo, redondo no lo pienses más, andate a tocar a la luna, la luna la vamos a copar...*, vi la bandera de Mendoza tal cual ella me la describió. Se me cayeron las lágrimas de felicidad. Eran lágrimas saladas que me limpiaban el rastro del gas pimienta. Mi corazón estaba por estallar; sentía cómo se movía el estadio, era un terremoto literal. Saltábamos y bailábamos en un verdadero pogo. Eran cuerpos chocando

contra cuerpos, una masa de calor húmedo, los hombros duros y el roce constante de la ropa empapada en sudor; era una comunión de golpes suaves y hermandad.

En un momento, sentí una mano en mi espalda: era Pato con una bolsa de marihuana. El olor dulzón y penetrante de la hierba inundó mis sentidos por un segundo. Empezó a repartir, pero yo me negué porque nunca fumé. Le di un beso en la mejilla y le dije: ---Te quiero, rubia. Su piel estaba caliente y pegajosa, llena de la euforia del momento. Estaba agradecida de que mis amigas me acompañaran, aunque a ellas les gustaba más la cumbia.

Se armó lío en el campo porque alguien amenazaba con un cuchillo, pero por suerte no pasó a mayores. Vi el destello helado del acero y sentí un escalofrío que me recorrió la cerviz.

Al terminar, estaba sin voz. Tenía la garganta en carne viva y los pies entumecidos por tanto salto. Quedamos en intentar entrar al

segundo recital el domingo, aunque no tuviéramos entradas. Cuando llegamos, la fila era aún más larga. Les propuse a las chicas entrar abrazadas con unos compañeros de secundaria. Mi compañero Fidel me dijo: --- tengo un cartón duro; cuando pidan la entrada, corré. Sentí la textura rugosa del cartón bajo mi brazo y el viento silbando en mis oídos cuando arranqué a correr. Eso hice y logré llegar al campo agitada y riendo. A lo lejos vi a Marina, pero Pato no aparecía. Me preocupé pensando que se la había llevado la policía.

Al día siguiente fui a su casa y la abracé. Me contó que no la dejaron entrar porque le encontraron marihuana y una navaja que usaba para defensa personal. Vi sus ojos apagados y sentí una puntada de dolor en el pecho. Me largué a llorar, pero ella me consoló diciendo que estaba organizando una fiesta de --asaltos.

En medio del baile, apareció la policía pidiendo documentos. Las luces azules del

patrullero cortaban la oscuridad del pasillo como cuchillo. Como éramos menores, nos pedían plata o bebidas alcohólicas. Pato empezó a insultarlos llamándolos “ratas de mierda” y se la llevaron en el patrullero. Escuché el portazo y el chirrido de las gomas al arrancar. Nos quedamos afuera de la comisaría de la calle Perú hasta que salió riendo unas horas después. El frío de la vereda nos calaba los huesos, pero verla salir nos devolvió el calor.

La mamá de Marina se enteró de lo del recital porque nos vio por televisión y no quería que se juntara conmigo. Decía que debíamos ir a su iglesia evangélica para que el pastor nos sacara –los demonios. Fui con Marina para que no estuviera en penitencia. En la iglesia, el aire era denso, cargado de incienso y el sonido atronador de los gritos de fe, mientras todos saltaban, nosotras hacíamos de cuenta que estábamos en un recital y nos reíamos. El pogo sagrado nos servían para

nuestra propia rebelión silenciosa. Al salir, Marina me confesó llorando que un chico del edificio la había golpeado.

Fui a buscar a Pato y Mariela al parque; estaban arriba de un banco cantando con una cerveza. La cerveza estaba tibia y amarga, pero nos daba la fuerza que necesitábamos. Les conté lo de Marina y fuimos a buscar al agresor. Cuando bajó del hotel, Pato le pegó una piña en el estómago y entre todas le dimos patadas para que supiera que la próxima sería peor. Sentí el impacto duro del golpe y el crujido de la ropa; mis nudillos ardían, pero mi corazón se sentía, por fin, un poco menos solo.

Seguíamos con nuestras travesuras. En la Biblioteca Nacional, Mariela y Pato se fueron al baño a fumar y las descubrieron. Empezaron a volver loco al bibliotecario pidiéndole libros y burlándose de él. Les pedí que pararan o nos echarían, pero ellas me hacían morisquetas llamándome –amargada.

Me costaba seguir estudiando porque no tenía ni hojas de carpeta. La preceptora de la secundaria, muy tierna, me regaló los útiles, un jugo y un alfajor.

Como mis amigas estaban igual, decidimos buscar trabajo para solventar los gastos.

Caminamos cuadras y cuadras, llamando a agencias desde teléfonos públicos, pero pedían muchos requisitos. Conseguimos vender café en la calle con un carrito, pero pagaban tan poco que renunciamos a la semana. También repartíamos folletos todo el día y al final no quisieron pagarnos; Marina los insultó con toda su –lengua karateca.

Una noche encontré una caja de libros tirados y empecé a juntarlos. Una chica que revisaba la basura se me acercó buscando comida; le di los pocos billetes que tenía y le conté que yo también estaba casi en situación de calle.

Finalmente, conseguimos trabajo repartiendo comida en un restaurante rápido.

La encargada nos miraba con desprecio, pero aceptamos por la propina para los útiles.

Sin embargo, el horario era tan largo que tuve que abandonar mis estudios. Lloré en un rincón sintiéndome sola, pero Pato me encontró y lloramos abrazadas. Marina se unió diciendo: ---Nuestras vidas son una mierda, y terminamos riendo de nuestras propias macanas.

Como no tenía dónde dormir, me fui con mi hermana Marianela, que vivía al fondo de lo de sus suegros, pero el hombre no me quería allí y tuve que irme. Conseguí empleo de limpieza en Caballito; cuando fui a llevarle un vaso de agua al empleador, estaba desnudo en el sofá. Salí corriendo aterrada hacia lo de Pato. Ella me acompañó a buscarlo, le rompió una botella en la cabeza y le arrebató la billetera para cobrarse mi sueldo.

Después conseguí trabajo –con cama adentro. Con mi primer sueldo invité a mis amigas a cenar y me compré ropa. Me enteré de que unas chicas de la Isla Maciel me buscaban para pegarme porque habíamos golpeado a su hermano. Mi hermano Matías me acompañó a enfrentarlas. Me agarraron del pelo, pero me defendí a puñetazos hasta que los vecinos las separaron.

El domingo siguiente nos cruzamos de nuevo, ellas con una navaja para robarme las zapatillas. Pato las enfrentó: ---Yo también tengo una navaja... este es nuestro barrio. Acá mandamos nosotras, así que váyanse antes que me arrepienta. Nos fuimos riendo y ella me dijo: --Así tenemos que defendernos, aunque por dentro estemos solas, por fuera debemos mostrar fuerza.

Invité a mis hermanas a visitarme al trabajo. Marianela lloraba al despedirse y Daniela me visitó después. Le di dinero a mi papá para que me comprara

un televisor, pero Matías me advirtió que no confiara en él. Pasó un mes y mi papá no lo había comprado; me sentí una tonta. Pato quería ir a tirarle piedras a su casa de la bronca. Discutimos y la empujé; ella me miró con los ojos llenos de lágrimas y yo me fui angustiada a redactar otra carta para Mariela, contándole que mis jefes eran buenos pero extrañaba todo lo demás.

VII. La trampa de los sueños prestados

Al año, pasé por la casa de mi papá en una mañana de verano donde el sol caía como un peso plomo sobre la vereda caliente. Justo salía de bañarse cuando le pregunté por el dinero que le había entregado para la compra del televisor, que era parte de mis ahorros. Quería que me ayudara, que estuviera presente después de haber estado ausente tanto tiempo. Buscaba una mirada de reconocimiento, pero solo encontré el vapor del baño y su indiferencia. Le pregunté por qué me hacía eso, por qué no lo había comprado. Sentí que se burlaba de mis sentimientos y me fui llorando de su casa, sintiéndome una tonta. Mis risas quedaban atrás, flotando en el aire denso del pasillo como una bofetada invisible. Él también nos había abandonado, igual que Silvia, sin que le importara nada de nosotros. ¿Cómo pude confiar en él? El dolor me calaba

el alma como una astilla de hielo que no se derretía ni bajo el sol de enero.

Tras un largo tiempo trabajando con cama adentro, donde aprendí a moverme en soledad sobre alfombras espesas y a oler el encierro de las casas ricas, el matrimonio para el que servía se separó. La mujer me confirmó que debía regresar a su provincia natal, Misiones, y me propuso llevarme con ella porque apreciaba mucho mi trabajo. Le pedí tiempo para analizarlo; aunque no tenía dónde vivir, era una decisión difícil.

Una mañana me invitó a desayunar en una confitería conocida del barrio. Me puse mi ropa más linda y, frente a un submarino con torta de chocolate –el vapor dulce empañando mis ojos y el tintineo de las cucharitas golpeando la loza como un reloj nervioso--, le dije con la voz temblorosa que no podía aceptar.

No quería dejar a mis hermanas ni a mis amigas. Ella me tomó la mano y, con

mucha empatía, me dijo que lo entendía y que me ayudaría hasta que consiguiera un nuevo empleo.

Me confesó que su marido la engañaba y que ella también había conocido la dureza de la calle al llegar a Buenos Aires de niña; mientras hablaba, el aroma del chocolate parecía volverse amargo, por eso comprendía mi sufrimiento.

Empecé a buscar empleo nuevamente con el diario en mano, el papel poroso manchando mis dedos con tinta de promesas vacías.

Conseguí trabajo en un locutorio; primero limpiando y luego aprendiendo a manejar las máquinas las fotocopadoras y las cabinas.

Estaba satisfecha porque trabajaba media jornada y podía retomar mis estudios.

Encontré a Pato en el parque fumando; nos abrazamos muy fuerte y pasamos el día juntas con las demás chicas.

Poco después, me enfermé con mucha fiebre. Marina no me dejó ir a trabajar y se encargó de avisar al locutorio para que no me despidieran. En nuestras charlas nocturnas, bajo la luz mortecina de una lámpara que parpadeaba, nos imaginábamos de adultas, con bastón, contando anécdotas de nuestra rebeldía.

El sábado siguiente salimos a bailar al barrio de Once. Fue una noche de risas, de luces de neón que cortaban la oscuridad y el sudor de la pista; a Marina y a Pato las terminaron echando del boliche por pelearse con chicos que las molestaban y por insultar a los patovicas. Fue una aventura más para contarle a Mariela en nuestras cartas. En el parque conocimos a “la China”, una compañera de la secundaria que también llevaba una vida de mierda.

Nos confesó que su padrastro abusaba de ella y que su madre, al no creerle, la había echado. Pato, con su característica agresiva

defensiva, quería ir a golpearlo, pero logramos que se quedara en una iglesia esa noche. Después desapareció, fuimos con Pato a buscarla al conventillo de la calle México. Entramos por una puerta rota, gastada y sucia. No había ascensor, así que tuvimos que subir dos pisos por escalera; el aire era una mezcla densa de clausura, moho persistente y el rastro aceitoso de alguna comida recalentada; llegamos a su habitación agitada y con sed. Vimos una puerta entreabierta con una cortina que lo cubría todo. En ese instante, vimos salir a un señor robusto con el torso desnudo, la piel brillante de un sudor rancio. Pato le preguntó por la china, a lo que él respondió con gritos, diciendo que no sabía nada, que no le importaba y que no lo molestáramos. En ese momento nos miramos a los ojos con Pato, quien llevaba consigo una navaja, el metal frío oculto en su puño pero listo para morder. Decidí dar un paso adelante y le dije: --Señor, le estamos hablando con educación y

usted debe respondernos de la misma manera. Solo queremos saber de nuestra amiga; hace días que no tenemos noticias y estamos preocupadas. ¿Usted es su padrastro? –le pregunté. Él me respondió: --Qué mierda te importa. Se van ya o las echo a patadas. Ahí fue donde Pato sacó su navaja y lo amenazó: --viejo de mierda, viejo verde, abusador de menores. A nosotras no nos vas a hablar así, ¿entendió? No le tenemos miedo y usted no se merece ningún respeto. Ya nos dice dónde está nuestra amiga o lo voy a apuñalar. Aunque sea menor de edad, conozco la calle mejor que usted viejo de mierda, la camino todos los días. Así que conmigo amenazas no. O me dice dónde está o lo mato. El hombre intentó avanzar hacia mí, pero yo reaccioné: --Te me acercás y te tiro con agua hirviendo –le advertí mientras agarraba la olla que estaba al fuego. Entonces nos dijo que no sabía nada y que, seguramente, la encontraríamos en la Plaza

Constitución. Pato le retrucó: --no nos estés mintiendo, viejo... Metete en la habitación, dame tu billetera y las llaves.

El hombre, asustado, nos entregó todo. Yo observaba, pero a la vez tenía miedo; trataba de contagiarme de Pato y mantener ese semblante serio. --No, viejo de mierda --le dijo Pato--. Quiero todo el dinero; me lo voy a llevar para dárselo a la china cuando la encontremos, así tiene para comer. Y si me entero de que seguiste abusando de ella, voy a volver a aparecer, pero para matarte.

Lo dejamos encerrado bajo llave y nos fuimos a buscarla.

Al tiempo, logré que mi exjefa la tomara para trabajar con cama adentro. Meses después, la China reapareció con ropa nueva y un semblante distinto; nos invitó a comer pizza en agradecimiento por no haberla dejado sola cuando dormía en la plaza Constitución. Nos regalo un chocolate a cada una, nosotras nos quedamos mirándola porque no queríamos

recibir sus obsequios; nuestro amistad era genuina, nacida de lo más profundo de nuestro ser, y no buscábamos nada a cambio. Le dijimos a la china lo orgullosas que nos sentíamos de ella y que mi ex jefa era una excelente persona. Ella nos miró a los ojos, nos dijo que nos quería hasta la eternidad, abrió su morral y sacó dinero para pagar el taxi.

En el locutorio se me acercó un oficial de policía joven para saludarme. Aunque desconfiaba de la policía, él se fue ganando mi confianza charlando mientras yo tomaba mate, el amargor del agua caliente suavizando mis defensas poco a poco.

Le conté mis sueños de ser profesional y comprar una casa; él me escuchaba atento.

Empezamos un noviazgo cuando yo tenía dieciocho años y él veintiséis. Me ofreció ir a vivir a su casa con sus padres y hermanos; era un mundo nuevo para mí, lejos de mis amigas y hermanas, un barrio de veredas

prolijas que se sentía extrañamente ajeno. Mis amigas no lo aceptaban y él despreciaba mis amistades, lo que generaba muchas discusiones que dejaban un sabor a ceniza en mi boca.

Pronto descubrí que estaba embarazada tras un *test* en el baño, mirando esas dos líneas mientras el corazón me martillaba las sienes. Él se puso nervioso y me sugirió manejarlo de manera clandestina, pero yo tenía miedo y decidí seguir adelante.

El sufrimiento volvió cuando descubrí que me engañaba: lo vi salir de una verdulería con otra mujer, el sol del mediodía exponiendo su traición con una nitidez cruel. Al enfrentarlo. Me pegó una bofeta.

Sin lugar adónde ir, me refugié en lo de Marina, sintiéndome inútil, fea y culpable por los golpes y el engaño, como un trapo viejo arrojado a un rincón.

Conseguí trabajo limpiando un estudio de abogacía. Pasaba las manos por los muebles de

madera noble, sintiendo el contraste con mi vida rota. La abogada notó mi embarazo y, aunque al principio lo negué por miedo a perder el empleo, terminé rompiendo en llanto y contándole todo.

Le confesé que el padre era un policía que me había golpeado y que me presionaba para que abortara. Ella me acarició la mano – una caricia que se sintió como una venda tibia sobre una herida abierta--, me dijo que me ayudaría y me acompañó a la comisaría para hablar con el comisario. El comisario, conmovido por mi honestidad, citó a este hombre para que cumpliera con sus obligaciones.

Él accedió a ayudarme con un alquiler en San Telmo para evitar la denuncia. Me mudé a un hotel con una cama y una frazada prestada, una lana suave que me abrazaba al corazón, devolviéndome el calor que los demás me habían quitado.

Pato me visitó para advertirme que él solo se abusaba de mi bondad para que no lo denunciara.

Una noche, Marina y mi hermana lo descubrieron a los besos con otra chica en su auto; fueron a insultarlo mientras yo miraba la luna, esa moneda de plata que parecía ser lo único honesto en el cielo, buscando una caricia para el alma.

Él me prometía dinero que nunca traía, dejándome horas esperándolo en la escalera del hotel hasta la medianoche, llorando en soledad. Celia, una vecina del hotel, me consoló con un té de manzanilla –el aroma de las flores secas me traía una paz momentánea-- y se convirtió en mi compañía.

Carla, la hermana mayor de él (el policía), me llamó para conocerme y, al ver la precariedad en la que vivía, empezó a ayudarme. Me acompañó a las ecografías y me regaló el bolso materno; supe que esperaba una nena y decidí llamarla Tiziana. Él apareció

con la biblia diciendo que había cambiado, pero sus palabras sonaban vacías como cáscaras secas, pero yo ya no le creía.

Pasé la nochebuena sola por decisión propia, cenando y brindando con agua mientras leía un libro de historia, la soledad de la habitación solo interrumpido por el estallido lejano de los cohetes.

Finalmente, en enero, nació Tiziana, una explosión de vida y llanto en medio de mi desierto. Él trajo flores al hospital, pero yo sentía que solo era una manipulación más; nunca me había acompañado a un médico. Ante la imposibilidad de trabajar con la bebé recién nacida y sin ahorros, acepté la propuesta de Carla y su madre de mudarme a una casita en el fondo de su terreno para que me ayudaran a cuidarla.

Pato se enojó muchísimo con mi decisión y me advirtió: ---¡Ese *rati* te va a matar! –sus gritos me dolieron como si fueran piedras lanzadas al

pecho. Me dolió pelearme con ella, pero me sentía desamparada.

En esa casita, él insistió en guardar su vehículo y poco a poco volvimos a hablar. Nos casamos por civil en una ceremonia sencilla a la que solo asistió mi hermana Marianela.

Pero la paz duró poco: una mujer rubia golpeó mi portón para decirme que era su amante y que él la había engañado también. Luego, la verdulera me buscó para mostrarme un ADN; tenía un hijo con él y sus padres ya lo sabían.

Decidí separarme, pero él se negaba a irse y empezaron las violencias físicas y verbales. Un día, me sacó el teléfono, me golpeó, sacó su arma reglamentaria y me gatilló en la cabeza. Sentí el acero helado hundirse en mi sien. La bala no salió. El silencio que siguió fue más fuerte que el disparo que no fue. Me dejó tendida en el suelo llorando, sintiendo el polvo del piso mezclarse con mis lágrimas.

Fui a la comisaría a denunciarlo, pero la oficial me preguntó qué le había hecho yo para que él reaccionara así –su desprecio se sentía como una segunda herida abierta-- y me sugirió que no denunciara para que él no perdiera el trabajo. Aun así, seguí adelante buscando mi paz.

La violencia no cesó; me golpeó de nuevo frente a Tiziana porque lo había denunciado. Mi vida corría peligro, pero sabía que debía dar batalla por mi hija y por mí, con el corazón endurecido como piedra de río.

VIII. El brillo de la luna propia

Estaba buscando un lugar para irme con mi hija. Anhelaba tener algo propio, estar realmente tranquila y segura.

Mientras ordenaba y hacía limpieza en la casa, entre el olor a lavandina y el roce de los trapos, sonó el teléfono. Era Carla; la noté angustiada. Entre lágrimas, me contó que su hermano le había pedido dinero prestado a sus padres para comprar un inmueble que luego le vendería a ella a un precio más elevado. Ella había aceptado la propuesta, ilusionada por tener un lugar para ella, su marido y sus hijos, pero a último momento él la llamó para decirle que se arrepentía y que ya no se lo vendería. Me puse muy triste; ella no se lo merecía. Decidí tomar las riendas. Averigüé dónde se encontraba el inmueble y quién era la propietaria; una vez que di con ella, la llamé para pedirle una entrevista. Cuando nos reunimos –en una oficina pequeña donde el

aire se sentía espeso por la incertidumbre--, le consulté si existía la posibilidad de que me lo vendiera a mí. Me respondió que, si él no entregaba el dinero faltante, lo haría.

Al tiempo me llamó para explicarme la situación: la mujer no era la propietaria real; a Christian (el policía) lo habían estafado.

Finalmente, yo compré ese inmueble. Cuando firmé los papeles, la rugosidad del sello contra el papel se sintió como la llave de mi libertad.

Hablé con Carla para saber si todavía estaba interesada, pero me respondió que no; me dijo que esa casa era el fruto de mi esfuerzo y que estaba orgullosa de mí. Sentía vergüenza por las acciones de su hermano, pero entendía que era su familia.

Una vez coordinado todo, llamé a mis hermanas para contarles sobre mi propia casa.

Les pedí ayuda con la mudanza porque no contaba con mucho dinero; estaba muy endeudada y había pedido varios préstamos, pero sentía paz en mi alma. Era el

cumplimiento de mis sueños, una luz pequeña que empezaba a crecer en mí.

Empezamos a armar la mudanza y algunas cosas quedaron para ser retiradas en la semana. El sonido de la cinta de embalar rasgando el aire era el ritmo de mi nueva vida. Me senté en el piso de mi dormitorio –la cerámica se sentía sólido y real bajo mi cuerpo-- y, a través de la ventana, miré la luna. Estaba brillante y feliz, en sintonía con lo que sentía mi corazón. Puse música, agradecí al universo y empecé a escribir sobre mi situación, mis miedos y mis alegrías. Me preguntaba si esta era la paz de la felicidad; lo que más anhelaba era ese alivio en mi ser, un suspiro hondo que por fin podía soltar sin miedo.

A la semana volví con Tiziana a buscar lo que restaba en la casa donde vivía de prestado.

Al llegar, descubrí que él había cambiado el candado del portón y la cerradura de la puerta: no me dejó retirar nuestras pertenencias. Sentí

el metal de la puerta cerrada, pero ya no me asustaba; era solo hierro.

De regreso, pasé por lo de mi vecina para pedir agua y ella me hizo pasar. En ese momento, él me llamó para insultarme y le corté la comunicación. Sus palabras ya no tenían filo. Mi vecina me aseguró: ---Si te sigue atacando, avísame que te acompaño a radicar la denuncia.

Pasé varias tormentas en mi propia casa: deudas por los papeles, la lucha de ser madre soltera y el peso de trabajar. Estudiar no era tarea fácil; las noches eran largas, con el café semi caliente y los ojos ardiendo sobre los apuntes. Hay libros de enseñanza, pero ninguno sirve para la práctica.

Me equivoqué mucho; no crié a mi hija como me hubiese gustado porque debía salir a trabajar y muchas veces ella se quedaba solita esperándome.

Me sentía vulnerable, sola y, a veces, fracasada por el cansancio emocional y

financiero. Pero todo fue un aprendizaje, y sabía que cumpliría los sueños de mi infancia, como si estuviera tejiendo mi propia red de seguridad.

Poco a poco, empecé a darme mi tiempo: hacer deporte, tomar cursos de costura – sintiendo el tacto de las telas y el ritmo suave de la máquina--, iniciar mi carrera universitaria y mejorar mi vivienda.

Empecé a disfrutar de los pequeños placeres: ir a recitales –donde el volumen alto borraba los recuerdos malos-- y salir de vacaciones. El día que me mudé a mi propia casa era mi cumpleaños.

Vinieron mis hermanas, que son mi pilar, y también mis amigas. La casa se llenó de risas que rebotaban en las paredes nuevas. La única que no pudo conocer mi casa fue mi amada Pato, aunque está muy presente en mi corazón. Una noche, me quedé largas horas mirando mi satélite favorito. Le pregunté si sabía algo de amores, música y poesías, porque andaba

necesitando un poco de todo eso. Con una sonrisa efímera, mientras el viento fresco de la noche me acariciaba la cara, nos miramos a los ojos y, en ese silencio sagrado, ambas nos estrechamos la mano. Yo ya no estaba en el sótano; estaba bajo el cielo, brillando con mi propia luz.